

Breve ensayo sobre la recodificación de la comunicación política y el reclamo social de una dirigencia sensible

(De: Adrián Ramírez, Director de Más Estado)

Los miedos surgidos en los últimos tiempos a partir del bajo interés ciudadano a participar en las encuestas electorales, han potenciado aún más -y con razones más que fundadas- el fantasma del descenso de la participación en los comicios.

Países tan disímiles como Argentina, México, Marruecos, Venezuela, Chile, Francia o España, entre otros, ya han conocido este fenómeno, mientras que el mundo, en permanente posición de grito político, hiperideologización, ley seca de tolerancia, *happy hour* de anulación y cero consecuencias contra el agravio, pareciera dar mayor crédito a las hipótesis más radicalizadas que buscan arrojar luz sobre este fenómeno.

Pero esto también tiene cierta lógica: el mundo tiene hambre de certezas que propongan un presente y un futuro, y la radicalidad, la pateada de tablero, es un espejismo que muchas veces se le parece.

Lo cierto es que, condenadas y condenados a esperar para saber cuál de las posibles explicaciones que se elucubran puede ser más acertada, grandes colegas de la asesoría política en distintas partes de la región coinciden diariamente en algo concreto: el miedo es fundado sobre algo que está ocurriendo, y no solo está ocurriendo: amerita el análisis y es prudente intentar agotar las posibles explicaciones para la producción de nuevos "métodos de contacto" entre Estados y ciudadanías.

Las diferentes hipótesis varían entre respetables ideas que van desde que las campañas electorales tal como las conocíamos ya no sirven, a propuestas erguidas sobre el *apoliticismo*, pasando por otras basadas en cambios estratégicos para lograr -entre tanta polaridad- un mensaje contenedor de los propios por encima de cualquier otro objetivo para ajenos o indecisos. Claro que hay muchas otras.

Sin embargo, sea cual sea la explicación más efectiva de la cual practicar futuras estrategias, pienso que enfocarnos en dónde se ha producido el desencuentro original, y **qué es causa y qué es efecto**, puede servir al análisis de una tendencia que genera miedos y tensiones en distintas partes de la región.

En este sentido, la pandemia ha impuesto transformaciones sociales a partir de las revoluciones comunicacionales vividas en los últimos dos años, que conforme pasan los meses se muestran cada vez más profundas y estructurales de las que podemos llegar a dimensionar en momentos previos.

Estas transformaciones han dado lugar a un nuevo escenario con dos rasgos clave. Uno: se irán cristalizando sus alcances conforme logremos coexistir en ciertos estándares globales similares al antes de la pandemia. Dos: exige una nueva (e inmediata) codificidad comunicacional entre gobiernos, líderes y sociedad civil. Y no meramente electoral, sino durante todo el periodo de gobierno.

En este marco, la infodemia ha sido uno de los fenómenos más evidentes (sino el que más) a partir del cual se desarrollaron una serie de acontecimientos que

decantaron en desgastes, erosiones y fracturas en los sistemas de vínculo y de construcción de legitimidad institucional gubernamental.

Entendida como la síntesis de una pandemia que debía ser y una cultura de la inmediatez a la que era comunicacionalmente necesario adherir para lograr alzar la voz en medio de tanto caos mediático, digital, “redsocializado”, alarmas y apocalipsis, la infodemia parece haber sido además un fenómeno inevitable.

Si hacemos memoria, fue prácticamente cuestión de días que los puntos de contacto que funcionaban entre Gobiernos y ciudadanía antes de la pandemia desaparecieron o se redujeron a una relación de supremacía comunicacional -por momentos exclusivamente digital-, sin obras para ver, sin actos a los que asistir, sin avances que valorar o sin agendas políticas que juzgar.

En los hogares primó el encierro, las relaciones predominantes pasaron a ser virtuales, las conversaciones pasaron a ser de vida o muerte, el trabajo se convirtió en *home office* con hijos a cargo las 24 horas que no podían enfermarse ante el riesgo de desabastecimiento, saturación o contagio.

Caos y más caos interpretado y fogueado bajo las lógicas mediáticas y de *redsocialización* del ‘aquí y ahora’. Miedos y más miedos, transformando el mundo y las sociedades, sin tiempo para poder pensar si reír por estar vivos, llorar por el agobio o simplemente respirar profundo.

No fue casual que el consumo y la producción de información y las aplicaciones como Meet, Zoom, Skype, Whatsapp, Telegram, entre otras, tuvieran un crecimiento exponencial a la par del consumo en otras redes como YouTube, Facebook, Instagram y Twitter.

Por caso, a los tres meses de surgida la pandemia, Zoom pasó de tener 30 millones de usuarios registrados a 200 millones y más 300 millones de personas que se conectaban diariamente para asistir a reuniones virtuales. Ni hablar que con esto-y no es un dato menor en tanto evidencia de una transformación anunciada- la empresa creció un 129% y superó el valor de las 7 principales aerolíneas del mundo.

Sin embargo, pese a todo, no sería el cambio inevitable de paradigmas ni el boom de la comunicación digital lo que causaría el desgaste, la erosión o la fractura de las reputaciones y legitimaciones que las instituciones y personalidades afectadas tenían antes de la pandemia. Lo que provocaría estos apartamientos sería la gestión y la capacidad de mitigación frente a la hiperproducción, la hiperviralización y el hiperconsumo de información.

Es decir, el factor detonante sería la performance lograda por gobiernos y los diferentes liderazgos frente a la infodemia, justo en ese momento en el que la ciudadanía -confundida- de tanto bombardeo informativo, acudía a las voces oficiales intentando hallar un tamiz de certezas que separase las verdades y las mentiras de un contexto que actuaba sobre lo más primitivo del cerebro: el instinto de supervivencia.

Pero lejos de ser meramente emocional, lo que configuró estos distanciamientos y estos quiebres, fueron las capacidades políticas frente al contexto: la contradicción, la anteposición de egos individuales al sufrimiento colectivo, la ausencia de lugares específicos en las agendas para las juventudes, el no consolidar un ejercicio de comunicación sabiendo que -de cara a la percepción e interpretación de una sociedad aislada- era **un momento sobre todo comunicacional**.

En definitiva, se trata de las preguntas que se hicieron a quienes debían dar las respuestas, y de las respuestas que se hallaron frente al tormento del tsunami de información alarmante vinculada a la salud, la libertad, el trabajo, el dinero, la vida y la muerte, los protocolos, entre tantos otros tópicos ligados directamente a la supervivencia.

Solo para dimensionar, según un informe de Organización Panamericana de la Salud publicado durante la pandemia en 2020, en solo un mes se subieron 361.000.000 de videos en las categorías "Covid" y "Covid-19", y esto fue acompañado por 19.200 artículos considerando solo Google Scholar, además de 550.000.000 de tweets referidos al tema. Y en este tsunami de información muchísimas personas se sintieron agonizando, perdieron familiares, se sintieron solos, perdieron el trabajo, quebraron en sus emprendimientos o murieron de forma literal o simbólica.

En este marco, el asunto se va consolidando de manera apriorista como **apatía social** y tal es su repercusión y los fantasmas que genera, que las encuestadoras prefieren no mostrar los números de la intención de voto por miedo a errar exageradamente los pronósticos. Miedos que dan cuenta una y otra vez de la dimensión del asunto y de la irreductibilidad a exclusiva al campo estadístico.

¿Podemos hablar de apatía? Estoy de acuerdo, sí, pero no de apatía social establecida a través de los múltiples recursos del lenguaje como un *nosotros*, *la clase política* y un *ellos, los y las votantes*, algo que resulta sumamente peligroso para el desencuentro actual entre representantes y representados.

Si definimos apatía como un síndrome neuroconductual y complejo caracterizado por el déficit persistente de motivación (Marin R,1991; Clarke D,2008) que se manifiesta a través de la pérdida de interacción compleja de conciencia, atención y percepción e interacción con el medio, y que además puede conllevar una disminución de la voluntad, de interés por las actividades y pérdida de la iniciativa a la par de una disminución de la respuesta afectiva frente a estímulos positivos o negativos. (Marin, 1990, Levy ML,1998), no caben dudas, otra vez, de que el problema es mucho más grave. Y el desafío también.

Porque es desacertado analizar desde una perspectiva meramente *datocrática* el resultado de un proceso que generó múltiples conmociones mundiales y afectó la estabilidad que los gobiernos garantizaban hasta ese momento para el desarrollo de una vida en sociedad. Es estéril en términos del desarrollo de soluciones de fondo, porque tampoco el peor de los problemas, naturalmente, es la falta de voluntad para participar de aventuras predictivas.

Si hay apatía, y apatía es lo que definen Marín y compañía, **la apatía fue política antes que social**. Donde hubo percepciones e interpretaciones claras por parte de la ciudadanía sobre pérdida de interacción compleja de conciencia, pérdida de atención, pérdida de percepción e interacción con el medio, disminución de la voluntad, desinterés por las actividades y pérdida de la iniciativa, a la par de una disminución de la respuesta afectiva, fue en la política y lo están haciendo saber.

No es que las personas no quieran participar de encuestas y comicios, iestán perdiendo la fe en hacerlo! Y me refiero a todas las edades. Según una encuesta nacional realizada en Argentina por la Consultora Zuban Córdoba, entre quienes estaban Muy de acuerdo (49.4%) y Algo de acuerdo (24,4%) en que "las campañas electorales no le hablan a personas como yo", un 73,4% de las personas dio cuenta de este desgaste, erosión o fractura de manera tajante: No me están hablando a mí.

En todo caso, si hay que determinar quien perdió a quien en esta relación de representantes y representados, no caben dudas quiénes perdieron a quién en primera instancia. Y de nada sirve desatinar a posta para no asumir una realidad con señales claras: tiempo que se demora es tiempo que se profundiza la crisis.

Cómo pretender voluntades de quien se siente ignorado. Cómo pretender esfuerzos y confianza de quien siente que no se le habla. Cómo pretender que los marcos legales y constitucionales valgan de garrote para que los resultados participativos se den pese a todo, sobre todo cuando la fugacidad y letalidad de tal cosa, puede ser definitiva.

Tal vez se trata de asumir que a veces no hay posibilidad de salir airosos sin escuchar más cuando medir no alcanza, ni empatizar más cuando la distancia es tanta. Quizás se trate de aceptar que a veces haber hecho lo que se pudo no es suficiente por más dignidad que haya habido en el intento.

A veces hay que reconstruirse en el agotamiento, volver embarrados al barro, quemados al fuego y volver a intentarlo, pero nunca, nunca, negar las especificidades de un contexto adverso que encamine a cualquier dirigente al encierro en términos políticos por postergar la solución a una filtración en las estructuras, ésta se hace grieta, luego gotera, luego boquete y finalmente provoca el derrumbe, el colapso.

En tal caso, si hay un **desafío pendiente** es la reconstrucción o reinención de una clase política que no supo comunicarse ni corresponderse significativamente con una sociedad que esperó mejor gestión del oficialismo o mejor defensa de la oposición, pero que además siente haber atravesado un mar de miedos sin certezas.

Dice Jacques Rancière que la diferencia entre una posición de saber (que es poder) y otra que no, no es solamente que el sabio detenta el saber ignorado, sino que además sabe cómo hacer de eso un objeto de saber, en qué momento y de acuerdo con qué protocolo. Que en verdad no hay ignorante que no haya aprendido mirando y escuchando, solo que ese saber es un saber desordenado.

Y coincidiendo con él, no subestimaría aquello que la gente siente y reclama, más allá de las palabras que use o no para transmitirlo: **no es un asunto de léxicos, es un problema de desencuentro**. No reduciría a la apatía un problema social estructural propenso a derrumbes. No menospreciaría las emociones populares.

No pecaría de sordera: escucharía más a fondo todo lo que no pueda medirse para que cuando se pueda medir no haya datos bajo el fuego o ni ilusiones tácticas sobre el abismo.

No inmodificaría la comunicación política ni los tópicos cruciales para que la *libertad*, la *democracia*, el *futuro* y sobre todo la *participación* no se confundan. No postergaría los programas de contención emocional. No pospondría las protecciones y las garantías que pudieran hacer sentir a una multitud más parte que aparte de una propuesta democrática.

Si hay un desafío por delante es un gran desafío para clase política: volver a representar. Refundar la codificidad comunicacional: con tanta tecnología como sensibilidad humana. Construir el presente: con tanta dignidad como transparencia. Profesionalizar el diálogo: saber cómo comunicar el presente y definir para qué futuro.

La democracia es todas ellas y ellos. Prosumidores, despiertos, activos, hiperconectados. Y esto no es apatía social, es la sociedad expresando un

llamado de atención grande como el mundo mismo. Insisto: no subestimaría aquello que la gente siente y reclama, más allá de las palabras que use o no para transmitirlo: no es un asunto de léxico, es un problema de desencuentro.

Un llamado a reconstruir el diálogo entre Estado y Ciudadanía, a comunicar claramente y sin cálculos reputacionales las urgencias y las prioridades sociales; a asumir los desafíos en un orden coherente con las agendas de la calle. A entender el reclamo concreto de una dirigencia más eficiente y comprometida con su tiempo y su contexto, pero también más informada, más embarrada, más comunicada y más comunicable, más tecnológica y más humana.

Es decir, una nueva clase dirigenal a la altura del contexto apremiante, de las respuestas buscadas, de las urgencias pendientes, y sobre todo, más **efectiva**. Perdón, quise decir **afectiva**.

*Lic. Adrián Ramírez
Director de Más Estado*